JEFATURA LOCAL DEL MOVIMIENTO

ALCOY
JUNIO
1968

BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL - ALCOY

Trabajo premiado

por la

Jefatura Local del Movimiento

al camarada

Fernando de Gracia Muntó

con motivo

de los Juegos Florales en el

IV Centenario del Robo y Hallazgo

de las Sagradas Formas

B
CAN
gva

N.P.

dep

REBELDIA

PINCELADAS
BIOGRAFICAS
SOBRE EL TENIENTE

Camilo Candela Moltó

R. 30.335

En estas pinceladas biográficas sobre el teniente Camilo Candela Moltó no se intenta, ni mucho menos, el mostrar al lector la figura del héroe con aureola de perfección.

En esta narración se intentará, sobre todo, plasmar con la mayor exactitud posible la realidad de lo que fue su vida, presentando al protagonista tal cual fue, con toda su humanidad, sus defectos y virtudes, destacando entre estas últimas la que le imprimió su personalidad: La rebeldía.

Fue hombre, y como a hombre fácilmente enamoradizo.

Fue español y soldado, y como a tal amó a su Patria con todo el ímpetu de su corazón.

Así, no se llame nadie a engaño, ya que en estas páginas no encontrará ninguna historia de santidad ni misticismo, sino tan sólo la simple descripción de lo que fue la vida de un hombre que en sus momentos difíciles supo mostrarse con tal entereza que alcanzó el laurel de los héroes.

EL AUTOR

Nace el que había de llamarse Camilo Candela Moltó el día 27 de agosto de 1912, en la casa número 16 de la calle de Santa Rita, de la ciudad de Alcoy, provincia de Alicante.

Su infancia transcurre dentro del ambiente de una familia numerosa, lo que le encauza a un carácter desprendido y, más bien, alegre. Aprende así, desde niño, a compartir con sus semejantes.

Su padre, hombre enjuto, recto de juicios y carácter, le imprime tal sello en su formación interna, siendo completada en el Colegio de los Hermanos Maristas.

Recuerda el propio Camilo, en un malogrado intento de escribir sus memorias, cómo su padre le reprendió de tal forma por negarse a ir al colegio, cuando tan sólo contaba sobre cuatro años de edad, que se le descompuso el cuerpo, llegando a ensuciarse.

Por el año 1919 la familia Candela-Moltó pasa a ocupar un piso de la casa número 22 de la calle Pintor Casanova, llamada popularmente Calle Mayor. En la misma casa habita un maestro que tiene una hija, llamada Pilar, que Camilo describe como «monísima». Haciéndose el encontradizo, se presenta en la escalera, llegando a entablar amistad.

Su dicha dura bien poco. Sufre un accidente, teniendo que ser operado de un pie, lo que le hace guardar cama, convaleciente, durante bastantes fechas. A través de las ventanas del patio interior conversan por señas durante algún tiempo, hasta que la vecinita le advierte, de esta manera, que no la volverá a ver. El cree no haber comprendido bien lo que le indica, y sólo se da cuenta de ello cuando transcurren los días, lentos,

cansinos, sin que vuelva a tener la alegría de contemplar de nuevo el agraciado rostro de Pilar. Impotente contra la vicisitud, parece adelantar de esta manera su restablecimiento. Luego se entera de que el maestro fue trasladado a otra localidad, perdiendo así todo rastro de la niña, quedando, según su propia expresión, desconsolado de tal manera que se pasaba las noches en claro.

Existe, en el salón del domicilio de la familia Candela, una imagen, en mármol, de la Virgen del Pilar. Camilo relaciona esta imagen con el nombre de su amada y así, su mentalidad infantil concibe la más descabellada idea. Le escribe una misiva a Pilar, que coloca bajo la estatuilla, pidiendo y exigiendo a la Virgen que produzca el milagro de hacerla llegar hasta su destinataria, para que ella regrese junto a él, cual se lo pide.

Diariamente escudriña el lugar esperando el prodigio, hasta que por fin, tras algunas semanas, no encuentra el papel en su lugar. Camilo duda y titubea. ¿Será posible que se haya consumado el milagro? Sí, sin lugar a dudas. El papel ya no está allí, quieto, muerto, como otras veces.

Le sacan de su abstracción las burlas de sus hermanos, que se le presentan riendo, llevando la carta en banderola.

Camilo intenta pegarles. Se disuelve la sesión. Huyen aquéllos, quedando él solo, llorando en el salón.

Camilo se rebela, se subleva contra sus hermanos por su inconsciente mofa contra sus sentimientos. Estruja entre sus manos la misiva que consiguió rescatar en el conato de lucha. Se rebela contra la Virgen que no permitió el prodigio. Se rebela contra él mismo por su necedad. No le gusta aquello y se subleva contra todo.

Ya mayor, con responsabilidad de hombre, recordará

las horas idas y escribirá ante el fantasma de la pequeña Pilar:

«Fue la única vez que sentí un amor tan grande y puro. No he sentido ya nada que causara tanta impresión en mi ánimo. ¿Podré algún día sentir algo semejante? En verdad lo deseo, porque podría ser la redención de mi vida.»

* * *

Nos encontramos en el año 1923. Camilo principia sus estudios de bachillerato en el Colegio Luis Vives. Es un estudiante de verdadera regularidad, sin destacar entre los mejores ni entre los peores. Siempre en el término medio. Parece estar abonado a los notables. Así pasan algunos años, quizás cuatro. Tiene que trasladarse a Alicante, junto con condiscípulos de ambos sexos, para efectuar exámenes.

En la capital se hospedan todos en el mismo hotel, en habitaciones individuales. A Camilo le obsesiona la idea de conquistar a una de las niñas del grupo, por la que siente verdadera atracción. Con la excusa de que necesita el programa de uno de los textos, se encamina al cuarto de la chica y, atrevido, llama suavemente en su puerta. Ella, que se encuentra repasando sus últimas «lagunas», cree de buena fe sus manifestaciones y le atiende; pero cuando empieza Camilo a insinuarse, la niña, con serenidad pasmosa, con una entereza impropia de su edad, se zafa de la cuestión de tal manera que obliga a retirarse a Camilo, verdaderamente avergonzado, acobardado, confuso.

Ya en el cuarto, Camilo golpea la cama, la mesa. «Soy un imbécil», se repite una y otra vez. «Si ella lo cuenta, seré el hazmereír de todos.» Nota que le falta el aire al intentar respirar. Siente angustia. Algo no anda bien. ¿El? ¿El mundo? ¿Aquella época tan desvergonzada? ¡Quién sabe! A Camilo aquello no le gusta nada.

Le da náuseas lo que ve, lo que hace; pero se deja llevar.

Nadie supo nada. La chica fue de lo más discreta, pero Camilo quedó con un desagradable sabor de boca, y no precisamente por su fracaso, sino por la simple y sabia lección que una niña le diera al que se creía todo un hombre.

* * *

Termina Camilo el bachillerato. Su progenitor tiene verdadero interés en que estudie Farmacia. Cree ver en esta especialidad el futuro de su hijo.

Tiempo antes, también Rafael, su hermano mayor, terminó el bachillerato. El sí que era un verdadero «empollón». Sacaba unas notas estupendas. Le ayudaba a Camilo en las tareas y Camilo veía en él un ídolo.

Rafael insinuó en su casa que quería seguir la carrera militar. El impacto fue tremendo. El mayor disgusto que había ocurrido en la familia. Resulta que su padre, a más de ser apolítico, era enemigo acérrimo de los militares. Odiaba todo lo que oliese a uniforme y pólvora. La prohibición fue absoluta. Le dejaría escoger la carrera que quisiera, aunque tuviera que sacrificar todos sus ahorros, cualquiera menos esa.

Camilo supo entonces del callado y solitario llanto de su hermano. Aquello quedó bien grabado en su corazón.

Rafael, tras algunos intentos, abandonó toda clase de estudios y actividad. Quemó toda ilusión. Se dejó llevar.

Camilo considera aquello una verdadera injusticia. Funde sus lágrimas con las de su hermano. Observa el semblante vacío de Rafael mientras fragua su venganza.

Su amigo y vecino, Pepe García, ejerce también alguna influencia sobre sus decisiones. Le habla sobre una academia que se ha establecido en las escuelas

del «Ave María». Allí, unos militares se encargan de preparar para el ingreso en la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, de Zaragoza.

Camilo, avivado por la curiosidad, acude a informarse, junto con García. La dirige un comandante apellidado Plaza, ayudado por los capitanes Jarabo y González.

La idea toma cuerpo en su mente. Inconscientemente y entusiasmado por la nobleza que irradian aquellos caballeros, siente el aguijón de la vocación militar, y así, resuelto, se enfrenta a su padre para comunicarle su decisión.

Gritos del padre. Nuevo disgusto. Llanto de la madre...

Camilo amenaza con proceder como su hermano y abandonarlo todo. Exige que se le deje seguir el curso que se ha trazado. Su padre parece entonces reconocer en parte su culpabilidad en lo que respecta al caso de Rafael. Por fuerza tiene que ceder aunque imponiendo sus condiciones. Condiciones egoístas y por demás duras. Le propone aceptar su decisión siempre que apruebe la convocatoria de ingreso a la primera intentona. Sólo tiene ocho meses para preparar el ingreso y tiene fama esta prueba de ser uno de los concursos más difíciles. Suspenden a mucha gente. Aún así, acepta, valiente, el reto de su padre, y durante ese tiempo no tiene otra idea que no sea la de su aprobación.

En la academia preparatoria tiene ocasión de entablar nuevas y buenas amistades, que conservará durante el resto de su existencia. El mismo nombra, además del citado García, a Pepe Sanz, Pepe Aura y otros.

Transcurrido el plazo marcado, Camilo ve coronar sus sienes con el laurel de la victoria. Regresa triunfante de Zaragoza. ¡Lo consiguió! Rebosa alegría y satisfacción. Su sonrisa se trueca en rictus de amargura al

enfrentarse con el impávido rostro de su hermano. Rafael le felicita...

Camilo se rebela. Llora su alma mientras sus ojos son humedecidos por dos lágrimas que no llegan a escapar. Aquello no está bien. Aquello no le gusta. Se subleva contra su padre, contra sus injustas decisiones. Se rebela contra la impasibilidad de su hermano, contra él mismo, contra todo...

* * *

Se incorpora a la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, siendo apadrinado por Emilio Baldoví Morales, joven de la localidad de Játiva, con quien entabla excelente amistad, congeniando mucho, según criterio del propio Camilo. Se une a ellos, en la amistad, Alfonso Fenollera, quien estaría luego destinado con él en Manresa, cuando los sucesos de Barcelona, destacando entonces de tal forma que llega a aparecer fotografiado en la portada del diario «A B C».

Baldoví, algo filósofo, le induce a estudiar el carácter de las personas por sus reacciones, por su psicología. Así, principia en su interés una nueva etapa, beneficiosa para él, ya que ello le empuja a adentrarse en el campo espiritual, alejándose poco a poco de su arraigado materialismo.

Durante el segundo año conoce a José Bosch, formándose entre ellos una gran camaradería.

Sin novedades dignas de mención transcurre su vida de academia, hasta que recibe el Despacho de Teniente de Infantería, con antigüedad del 15 de julio de 1933, firmado por el entonces Presidente de la República, Manuel Azaña.

Desde Manresa, regresa destinado a su ciudad natal, Alcoy. Allí se encuentra aún su exprofesor de preparatorio, Jarabo, con quien hace buena liga. Conserva su amistad con los amigos de antaño; pero allí, como en

todos los lugares que ha estado, algo anda mal. Su inquietud le hace intervenir en los sucesos de la calle. Desde la emisora local, en un alarde de audacia, pide el indulto de la pena de muerte que se ceñía sobre la cabeza de Sanjurjo. En otra ocasión, también desde los micrófonos de la emisora, arenga al pueblo para que no toleren la orden de suspensión de las tradicionales fiestas de Moros y Cristianos. Les incita a lanzarse a la calle con su atavío festero. ¡Lo consigue!

Algo anda mal y a Camilo no le gusta. Sus amigos le hablan de alguien, joven como ellos, que se ha encomendado la tarea, la ardua misión de redimir a España. Se llama José Antonio y es hijo del «dictador». José Antonio no promete loores ni posición. José Antonio exige sacrificio. Las consignas de Falange Española son claras y precisas, es como llamada angustiada a los pocos españoles honrados. Las ideas del joven abogado son dulce bálsamo que mitiga el escozor de su inquietud. Camilo parece empezar a comprender lo que quiere. ¡Aquello es otra cosa! Camilo viste la camisa azul mahón. De su pecho brotan encendidas cinco rosas, y de este brote nace una esperanza. En algunas ocasiones olvida voluntariamente su uniforme y condición de militar y vistiendo ropaje civil se une a las actividades falangistas de sus amigos. Dentro del mismo cuartel intenta su labor de captación, entre sus compañeros, hacia la nueva idea. A pesar de ello, las horas pasan lentas. Lentos los días. Su anhelo se torna en ímpetu. El camino le parece estrecho y demasiado largo. Se aproxima la Navidad de 1935. La calma, la aparente y falsa calma, le agobia. El Niño Dios va a nacer, y no es precisamente en el corazón de la mayoría de los españoles. Los cielos se tornan grises queriendo acompañar los ánimos. Camilo escribe lo que luego sería su profecía:

«Hoy, día seis de diciembre de 1935, y más por necesidad que por otra cosa, empiezo a escribir las me-

morias de mi vida; digo por necesidad, porque de esta manera combatiré algo el aburrimiento tan grande que sobre mí pesa desde hace algunos meses.»

«No cabe duda de que los acontecimientos que desde ahora me ocurran dejarán huella en el rumbo de mi vida.»

Con empeño, se consigue autorización para poder realizar la cabalgata de los Reyes Magos, a condición de que sea de manera totalmente profana, sin figurar para nada ningún acto de índole religiosa. Se encarga de ella la comparsa «Marraskets». Camilo forma parte de la comitiva. Los Reyes, como de costumbre, visitan, obsequiándoles, a los enfermos del Hospital Civil de Oliver. Amparándose en su condición de militar, bajo su propia responsabilidad y saltándose a la torera las instrucciones recibidas, ordena Camilo se abran de par en par las puertas del templo del Hospital que habían sido selladas, y hace que los Reyes, como siempre, efectúen la adoración al Divino Niño.

Pasan los meses. Las turbas, desmandadas, cometen los más atroces desatinos. Se queman y saquean los templos, se profanan las imágenes. Se atropella a religiosos y religiosas...

Avisado Camilo de la quema del convento de San Francisco, moviliza la tropa, lanzándose de inmediato a la calle. Camino del templo, al mando de una compañía, se tropieza con una manifestación de varios centenares de personas. Tiene prisa por llegar y no duda ni un momento. Siempre delante de sus hombres, arremete contra la masa disolviendo la concentración. No obstante, cuando llega, la iglesia arde por todos sus lados. Su intento ha sido vano, su esfuerzo inútil. Le duele aquello. Se subleva contra la ignominia. Llora su alma. Esto no puede ser su España, la España que él desea y que presiente.

* * *

El Regimiento de Infantería Vizcaya 12 (38), de guarnición en la plaza de Alcoy, recibe la orden de entregar armamento y municiones a la masa popular. La noticia no extraña porque se esperaba. El peligro está previsto. No sucederá tal cosa. El ejército cuenta con consignas secretas para evitarlo. La clave está en Melilla.

Cuando llega el momento, quien puede solucionar la papeleta ha salido de Alcoy. Los oficiales se muestran indecisos, recelosos. Camilo, como tantas veces, audaz, intenta tomar la decisión, y con ello, el mando; pero los que habían de apoyarle le vuelven la espalda. Queda solo, cosa que aprovechan los elementos traidores. Los cobardes lo consienten, y así, con otros pocos, es arrestado en el Cuarto de Banderas. Camilo se hace único responsable de la situación. Se le imputa el delito de rebeldía. ¿Rebeldía contra quién? ¿Contra los enemigos de la patria?

La noticia corre rápida por Alcoy, pronto se dice que va a ser fusilado. El rumor llega hasta el propio Camilo, quien se apresura a escribir una nota a los suyos en los siguientes términos:

«Queridas madre y hermanas: Les he dicho muchas veces que no hagan caso de los bulos que corren por ahí, y aunque éstos algún día se confirmasen, deben de estar contentas y alegres porque tendrán la satisfacción de que carne de su carne, su hijo, vuestro hermano, no hace otra cosa que cumplir lo más estrictamente posible lo que considero mi deber como español y militar. Además, tengan presente que no es la primera madre que da un hijo por la Patria.—Así que mucho ánimo, que lo que me pueda pasar será con honor y gloria, puesto que sería por la salvación de nuestra madre común y queridísima España.»

Camilo sabe que su decisión no va a traerle nada bueno. Sabe que Jarabo y Gómez Soler están detenidos,

así como todos los que, aunque pocos, podrían ser de entera confianza. No obstante, como se nota con toda claridad, intenta en esta misiva inyectar ánimos a sus familiares, aun dentro de su incertidumbre.

Escribe Camilo la segunda misiva a su madre:

«Por disposición de la superioridad, influenciada por elementos nefastos, que por desgracia nos gobiernan, voy a Cartagena en calidad de detenido. No se aflijan. El único delito cometido ha sido suspirar por una España Grande y Fuerte, por una España tal y como debe ser y no lo que tenemos ahora; por consiguiente, más que disgustarse se deben alegrar. El único pesar que pueden tener es el que su hijo no haya tenido ocasión de poder, de una manera más eficaz, ayudar al restablecimiento de nuestra dignidad patriótica. ¡Viva España!»

Su segunda carta es ya más abierta. Está convencido de lo que el destino le depara. Convencido, pero no resignado. De ahí, la valentía que irradian estas líneas, bravas, desafiantes, aun a sabiendas de que las han de leer otros antes de llegar a las manos de su madre. Carta de expresión viril, de hidalgo español, rematada en su hombría por ese grito final, ese ¡Viva España! que entonces se condenaba como insulto a la patria.

La tercera, desde el castillo de San Julián:

«Llegué bien y aunque llevo pocas horas aquí, esto parece un lugar muy bonito.—El viaje lo hice todo en auto, acompañado por la Guardia Civil, así es que no me ocasionaron molestia alguna.—Den muchos recuerdos a todos los familiares y díganles que sentí mucho el no poderme despedir de ellos.—Aquí me he encontrado con varios compañeros que se encuentran en iguales circunstancias que las mías.—Cuando me escriban no me hablen en absoluto de lo que ocurre, pues hay censura.»

Nuevamente se vislumbra la rebeldía en el ánimo de Camilo. Se subleva contra aquello. Su carta muestra la huella de una sonrisa sádica. Son muchos en idéntica circunstancia. Si quieren deshacerse de ellos tendrán que eliminar a todos los españoles honrados, y eso les va a ser bastante difícil. No le importa el sacrificio. Sabe que todo ello reportará, al fin, el conseguir esa España que le hizo soñar José Antonio.

Recibe carta de su madre. Es, como cabe suponer, una misiva de dolor. Carta de madre que sabe ha perdido a su hijo. Le contesta. No intenta consolar. Es verdadera entereza la que contagian sus líneas. Una entereza firme, sin dudas:

«He recibido su carta por la que veo que, aunque triste, se encuentra bien. Lo único que le digo es que debe desaparecer esa tristeza, ya que muchas madres la envidiarán. Esas madres que ven que sus hijos no defienden como deben a su patria. Sólo debe envidiar a las madres que tienen la suerte de que sus hijos, por las circunstancias, defienden a la patria de una manera más eficaz, con las armas en la mano. Así es que ánimo y a esperar tiempos mejores, que no debe dudar ni por un instante han de venir, y aunque carezco de noticias, sé positivamente que no será en un plazo muy lejano.—Aquí, en Cartagena, seremos unos 400 ó 500 oficiales detenidos.»

La carta testamento, serena, con el recuerdo puesto en todos en momento tan angustioso. Ha sido trasladado a Almería, en donde será juzgado y condenado a morir:

«Almería, 30 de agosto de 1936.—Queridos madre y hermanos: Me acaba de ser comunicada la sentencia del tribunal popular de esta ciudad, condenándome a la última pena por el delito de rebelión militar, delito que como saben bien no he cometido, por lo cual voy con la conciencia tranquila y limpia a cumplimentar la

sentencia del tribunal humano, confiando que en el Tribunal Divino hallaré la satisfacción debida.»

Es curioso. Un tribunal popular de Almería posee atribuciones necesarias para dictaminar sentencia en fallo a un suceso de índole militar acaecido en la ciudad de Alcoy, provincia de Alicante. Luego sigue, dirigiéndose a su madre:

«Los tengo a todos presentes en mi espíritu. A mi madre querida, con esa carita de bondad que Dios le ha dado. Al mismo tiempo que esta última prueba a que le ha sometido el Supremo, después de los muchos sufrimientos que en esta vida ha tenido, no dudo que con la misma entereza que ha resistido otras calamidades resistirá ésta. ¡Madre, ánimos! Yo los tengo. Hay que conformarse con los designios del Supremo Juez.»

A su hermano:

«Candela, demuestra ser hombre y arrostra con entereza esta calamidad. Tu responsabilidad aumenta. Bajo tu sola custodia dejo a tres seres muy queridos. Estoy conformado porque cuento con tu promesa formal de cambiar de modo de ser, de convertirte en un hombre.»

A su hermana:

«Esta nueva desgracia que os aqueja eres tú la más indicada a hacerla llevadera. Eres tú el único sostén, el único consuelo de nuestra pobre madre. Cumple a la perfección tu cometido. Es lo que desea tu hermano en su última hora. ¡Cúmplelo!

A la otra hermana (subnormal):

«Luisa, a ti no te puedo decir nada. No me comprenderías. Te veo con tu cabeza inclinada, caída, y la mano en mi hombro, diciéndome: ¿Qu'em portarás? ¡Qué feliz eres! No te enteras de nada. Dadle un beso muy fuerte.»

A su cuñada:

«En mala ocasión has entrado a formar parte de la familia. Sólo te ruego que atiendas a mi madre como si

fuera la tuya propia. Es muy buena, lo mismo que mis hermanos. Si ha perdido un hijo, que encuentre en ti una nueva hija.»

«A toda la familia, les ruego encarecidamente no abandonen a la mía en su desgracia. Es la única tranquilidad y consuelo que me queda, que procuren que ninguno de los míos sufra. Así lo espero del cariño que me tienen y de la bondad que poseen. Santiago: en ti confío por ser el que más entereza creo que tienes.»

«A Coloma, Antonio García, Rafael, a Vicens, a Javier Carbonell y demás amigos. Despídanme de ellos y les ruego no abandonen a mi familia en su desgracia.»

A su novia:

«Recuerdos y un abrazo fuerte. También pienso en ella. Decidle que no le escribo para evitarle un doloroso recuerdo.»

«Y termino ésta pidiéndole a todos, ánimos. Yo los tengo, y conformación, ya que los azares de la vida no dependen de nosotros, sino de los designios del Supremo.»

Y por último, una nota breve, concisa, patética·

«Madre: No sé si llegará a su poder ésta. Está escrita en los últimos momentos. Muero tranquilo. Soy inocente. Mi último pensamiento es para Dios y para usted.»

Y así fue. Así fue la muerte del Teniente Camilo Candela Moltó. Tranquila, tremendamente serena, cual confirma Gómez Soler a la familia de Camilo en carta de fecha 31 de agosto de 1936, cuando dice: «Murió con entereza, como los hombres que no tienen miedo. Que esto os sirva de consuelo.» Añadiendo al final: «...y no puedo seguir. No puedo, la verdad, mi estado de ánimos no me permite seguir...»

Entre las pocas cosas de los enseres personales de Camilo que les fue entregado a los familiares, de manos

de sus compañeros, les fue entregada una nota, sin firma, que decía:

«Jóvenes españoles: Pertenecéis a una raza que siempre se ha distinguido por el alto concepto que del honor tiene formado. Dad prueba de que atesoráis esta virtud acudiendo a las filas de los que desean que nuestra Madre España vuelva a ser lo que fue en tiempos remotos. ¡La dueña y señora de los mundos! Si no lo hacéis, vuestro vivir no será vivir, pues pasaréis por la vergüenza de ver cómo España no es sino una posesión de Rusia. En cambio, si prestáis vuestra colaboración para salvarla, estaréis orgullosos de vosotros mismos, pues incluso podéis llegar a obtener el supremo galardón a que puede aspirar todo hombre: ¡Morir por su patria!—Camilo Candela Moltó — Teniente de Infantería.»

¡Morir por su patria! ¡El supremo galardón! Así llegó a amar a España CAMILO CANDELA MOLTO. Así llegó a amar a su España, a la España que soñaba y en la que creía. En esa España que hoy gozamos gracias a tantos «Candelas».

Sufría. Sufría como sufren los hombres de bien ante las iniquidades, ante las injusticias; por eso fue su vida una constante rebeldía.

Al intentar concebir un amor tan inmenso, no podremos evitar rememorar aquellas frases que nos dejó escritas; cuando cansado, solo, veía lejos en diciembre de 1933:

«Fue la única vez que sentí un amor tan grande y puro. No he sentido ya nada que causara tanta impresión en mi ánimo. ¿Podré algún día sentir algo semejante? En verdad lo deseo, porque podría ser la redención de mi vida.»

CAMILO CANDELA MOLTO:

¡PRESENTE!

GRÁFICAS EL CID.-PASAJE PINTOR P. FRANCÉS, 4.-ALCOY